

SERIE

BERGMAN 8



CULPAS COMPARTIDAS

HJORTH & ROSENFELDT

booket

**Michael Hjorth y
Hans Rosenfeldt**
Culpas compartidas
Serie Bergman, 8

Traducción de Pontus Sánchez



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Skulden man bär*

© Michael Hjorth & Hans Rosenfeldt, 2023

Publicado por acuerdo con Salomonsson Agency

© por la traducción, Pontus Sánchez, 2024

© Ediciones Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: © Mark Owen / Trevillion Images

Primera edición en Colección Booket: junio de 2025

Depósito legal: B. 8.687-2025

ISBN: 978-84-08-30462-3

Impreso en España

El odio.

Se sentía atravesado por él, lo llenaba de arriba abajo. Era la pulsión que lo empujaba. Desde que se despertaba por la mañana hasta que se quedaba dormido unas horas, a menudo de puro agotamiento.

El odio.

Puro y genuino.

Llevaba un tiempo cargando con él, sobre todo desde aquel fatídico día, pero antes de eso solo había estado diluido, a veces incluso a la sombra de otros sentimientos: pena, desesperación, rabia, insuficiencia.

En ese momento no. En ese momento, todas las demás emociones se habían desvanecido.

Solo quedaba el odio.

Era un riesgo que asumía. La noche de junio era templada y luminosa. El barrio, concurrido. Bajar con la mujer inconsciente a cuestas hasta el agua y, una vez muerta, volver al coche no dejaba de ser una auténtica temeridad. Podía aparecer alguien en cualquier momento, verlo, desintegrar por completo su esgrimida venganza antes de que hubiese podido dar siquiera el primer paso.

La mujer.

Sentía lástima genuina por ella.

Era inocente. Es más, también era una víctima. Pero, desgraciadamente, algunas estaban obligadas a morir. Él lo lamentaba de verdad, deseaba con todo su corazón que hubiese habido otra manera, otro camino. El hecho de que hubiese que cobrar-se vidas era lo que le había hecho dudar, dedicar cierto tiempo a buscar alternativas, pero no las había. Esto era lo único que despertaría el interés que él andaba buscando, la atención que él necesitaba.

En la tele y las películas, matar parecía tan fácil... Si leías la prensa y escuchabas pódcasts de crímenes reales, daba la sensación de que cualquier persona estaba capacitada para arrebatar-le la vida a otra.

Pero matar no era tan simple.

Él agradecía que la mujer estuviera inconsciente, que no opusiera resistencia mientras él la mantenía bajo la superficie, sumergiendo su bota para la lluvia en los apenas diez centímetros de agua que había. Lloraba, pero no podía evitarlo; la muerte de aquella mujer era algo necesario.

Tal y como ponía en el libro: «Era importante que él entendiera, que él supiera, que iba dirigido contra él. La pulsión no era el acto en sí de matar, eso era un desafío, una comparación de fuerzas. Hinde quería, por poderes, compararse a sí mismo con él. Era una lucha de titanes».

Una lucha de titanes.

Dos intelectos brillantes en un mano a mano.

La mujer en el maletero era la primera. Cuántas más serían era algo que dependía enteramente de su adversario, si es que de verdad era tan inteligente como acostumbraba decir él mismo.

Ese cabrón arrogante.

Sebastian Bergman.

Otra vez de vuelta.

Había estado evitando la ciudad a plena conciencia, llevaba meses sin poner un pie en ella, no la había pisado desde que formó parte de la Unidad de Homicidios para investigar a un violador en serie que resultó ser una mujer y que le había hecho sufrir uno de los períodos de mayor ansiedad de su vida. Unos meses en los que creyó que podía ser el padre de...

¡No! Nada de volver a pensar en ello. Todo había salido bien. Él era el abuelo de Amanda, nada más.

Por lo menos a nivel biológico. Amanda lo llamaba Sebastian. A quien llamaba abuelo era a Valdemar. Era complicado. Como tantas otras cosas entre él y Vanja.

Su hija.

Jefa de la Unidad de Homicidios desde que Torkel se había visto obligado a prejubilarse.

Su primer caso como máxima responsable lo habían resuelto bastante rápido. Dos francotiradores de Karlshamn. Pero nadie hablaba de ello. Todo había quedado eclipsado por el hecho de que Billy, que había formado parte del equipo durante muchos años y había sido el mejor amigo de Vanja —quizá su único amigo, pensaba a veces Sebastian—, había resultado ser un asesino en serie.

Esa era la razón por la que había vuelto a Uppsala.

Por eso estaba cavilando tanto.

Incluso lo más difícil era más fácil de gestionar que el hecho de que un compañero en el que habían confiado, que les caía bien a todos y a quien creían conocer se había pasado varios años yendo de un lado a otro matando a gente. Después de la dramática detención, en la que tanto Torkel como Ursula casi se dejaron la vida, Billy se había transformado. Lo había confesado todo sin rodeos, se había mostrado dispuesto a cooperar, había explicado detalladamente cómo había actuado y dónde había escondido los cuerpos. Al principio, a Sebastian le había dado la sensación de que era todo un juego, una manera de intentar conseguir una sentencia menor en el juicio que le esperaba. Pero la única condena plausible era cadena perpetua, y cuanto más tiempo pasaba, cuantas más veces se reunían, más convencido estaba de que Billy se sentía de veras aliviado de haber sido detenido.

De que se hubiese acabado todo.

Él siempre había sabido que estaba obrando mal, había lidiado con la vergüenza y el arrepentimiento entre un asesinato y otro, pero la pulsión, la necesidad, había sido demasiado fuerte. No podía resistirla. A pesar de ser consciente de lo caro que le podía salir. Lo había dicho el propio Billy, en una de las muchas conversaciones que habían mantenido desde su detención: cuando My se quedó embarazada, cuando él supo que iba a ser padre, decidió parar, no dejarse llevar. Tenía demasiado que perder. Podía perderlo todo. Después terminó en Karlshamn, y se le presentó la ocasión de cometer lo que él pensaba que sería el crimen perfecto.

Una última vez. Un último asesinato.

Pero no era esa la razón por la que Sebastian volvía a estar en Uppsala.

Sino el primer asesinato, la cuarta víctima.

Billy había abatido a dos personas cumpliendo servicio. En ambas ocasiones, tras completar las investigaciones posteriores había quedado exculpado, pero aquello fue el origen de su necesidad, el momento en que había sentido por primera vez la malsana conexión entre matar y el placer. Ahí fue cuando saboreó el poder absoluto que implica tener la vida de otra persona en tus manos y arrebatársela. La tercera víctima había sido Jennifer, una compañera con la que había mantenido una relación de amantes, pero tampoco esa había sido premeditada. Billy ni siquiera había sido consciente de haberla matado hasta que a la mañana siguiente la encontró sin vida en la cama, tras una noche de abundante alcohol. Un accidente, dijo que había sido.

No se podía decir lo mismo de Hugo Sahlén. Diecisiete años. Su padre tenía una consulta veterinaria enfrente de un local en el que, durante un tiempo, un grupo de mujeres estuvieron vendiendo servicios sexuales. Hugo, el emprendedor, había engrosado su beca de estudiante a base de fotografiar a los puteros y sus coches, encontrarlos a través del portal de la Dirección Nacional de Tráfico y extorsionarlos para que le pagaran. Cantidades pequeñas, apenas unos cientos de coronas. Un precio razonable para no ser delatado.

A menos que fueras policía.

A menos que fueras Billy Rosén.

—Aquí a la izquierda —se oyó desde el asiento de atrás. La mujer que conducía el coche de incógnito, Therese «Algo» (Sebastian no se había quedado con el apellido), activó el intermitente para que el coche que tenían detrás supiera que iban a girar.

—¿Estás segura? —dijo Sebastian, y se volvió hacia el asiento trasero.

Billy estaba esposado detrás de la rejilla, mirando por la luna lateral. Su rostro se mostraba inexpresivo, como casi siempre

esos últimos tiempos. La vista, por lo general fija en el horizonte. Se limitó a asentir brevemente con la cabeza.

—Este no es el camino que has dicho antes —dijo Therese Algo un tanto contenida.

—Perdón, pero este es el correcto... No recuerdo con demasiada claridad, aquel día estaba bastante... —Billy se quedó callado.

Sebastian pensó un momento cómo podría haber continuado Billy la frase. Estaba bastante ¿qué?

¿Nervioso? ¿Excitado? ¿Colocado?

Todas las palabras le parecían demasiado pequeñas y fútiles como para describir la sensación que Billy debió de tener después de haber acabado a sangre fría con la vida de una persona tan joven. Seguramente por eso se había quedado callado.

Los demás cuerpos ya los habían encontrado. Billy no había tenido que estar presente, les había bastado con disponer de mapas y comunicación directa por teléfono con uno de los agentes de policía para guiarlos. Pero con Hugo Sahlén no había funcionado. Tras las indicaciones de Billy, habían buscado en tres zonas distintas, sin obtener resultado alguno, y al final se había tomado la decisión de que él mismo los acompañara.

Se habían reunido en un sitio que se llamaba «bosque primario de Fiby», en el lugar en el que Billy había asesinado al adolescente, estrangulándolo, según sus propias palabras. Después de ofrecer una corta descripción de los acontecimientos tal y como él los recordaba, se habían montado en uno de los coches y le habían dejado que fuera señalando el camino.

En ese momento se adentraron por un camino de tierra que era poco más que dos roderas con una tira de hierba en el medio.

—¿Dónde estamos? —preguntó Sebastian en voz alta.

—No lo tengo del todo claro, en algún sitio de Stora Branden

—respondió Therese Algo, pero Sebastian no le dio vueltas a qué sería Stora Branden; dio por hecho que se trataría de un área recreativa, una reserva natural o algo por el estilo. No tenía importancia.

—Después de la curva hay un apartadero —dijo Billy en voz baja desde el asiento de atrás—. Para ahí.

Efectivamente. Giraron y aparcaron delante del cartel que indicaba que era un apartadero. El coche de atrás los imitó.

—Está un poco más adentro, en esa dirección —dijo Billy, y señaló con la cabeza el denso bosque que veía al otro lado de la ventanilla derecha.

Therese Algo apagó el motor y se bajó. Abrió la puerta del asiento de atrás y ayudó a Billy a apearse. Sebastian se quitó el cinturón y salió a acompañarlos. Los agentes del otro vehículo soltaron a un perro de la jaula que llevaban en el maletero. Billy señaló de nuevo entre los árboles con la cabeza y toda la comitiva echó a andar en silencio.

Sebastian miró a Billy con el rabillo del ojo mientras caminaban. Las heridas que Torkel le había ocasionado se habían curado, el único rastro que quedaba eran los restos de un moratón en el ojo, un matiz amarillento junto al tabique nasal justo por debajo de un ojo. Billy había perdido la mayor parte de la visión en su ojo izquierdo, pero eso era algo que no se veía desde fuera. Para cuando se celebrara el juicio, Billy tendría su aspecto habitual.

Afable, arreglado, elocuente.

«No tiene pinta de asesino en serie», diría la gente.

Pero aún faltaban varios meses para ese proceso. La investigación del caso era extensa y llevaría su tiempo. Sebastian cruzaba los dedos para que, con un poco de suerte, el juicio coincidiera con la publicación del libro. Un periódico había bautizado a Billy como «el policía asesino». Lo habían puesto en letras ne-

gras sobre fondo blanco encima de cada artículo que habían publicado sobre él.

Era un buen nombre.

Un buen título.

Si Sebastian se daba un poco de prisa y conseguía terminar el libro, despertaría mucho interés. Su obra anterior, *El aprendizaje*, no se había vendido en absoluto igual de bien que sus predecesores. No había recibido la misma atención ni había sido tan comentado. En consecuencia, las apariciones en la tele y las colaboraciones en podcasts habían sido escasas, y ya nadie parecía interesado en contratarlo para hacer conferencias. Sebastian no tenía una red sobre la que caer ni favores que cobrarse, puesto que se había convertido en *persona non grata* en la mayoría de los sitios, y la gente que en teoría podría haberle echado una mano lo evitaba activamente. Contaba con dinero más que suficiente para apañárselas, pero a su carrera profesional no le iría nada mal un empujoncito, ahora que ya estaba en la recta final. Al fin y al cabo, tenía más de sesenta años...

Pronto se cumplirían seis semanas desde la detención de Billy, pero aun así seguían publicando artículos sobre él cada día. Si encontraban a Hugo Sahlén, se escribirían todavía más. El único problema de escribir sobre Billy y sus actos era que Sebastian no tenía claro si las conversaciones y los encuentros que habían mantenido podrían convertirse en un libro.

Billy no había dado su permiso. My tampoco.

No era que Sebastian lo necesitara, él podía escribir lo que quisiera y de quien quisiera, pero teniendo en cuenta que sus encuentros se habían llevado a cabo bajo la premisa de que Sebastian quería ayudarlo, aclarar lo que había pasado, desentrañar todas las emociones, intentar hallar un camino por el que seguir adelante y ser un enlace entre él y My —quien se negaba a ver a Billy—, Sebastian podía considerarse el terapeuta de Billy.

Y, como tal, no debía escribir ni una frase. A él se la sudaba que fuera poco ético, pero no podía permitirse el lujo de que fuera ilegal. No tenía fuerzas para enfrentarse a denuncias ni al riesgo de perder en un proceso judicial que podía alargarse. Al mismo tiempo, no había nada puesto por escrito entre ellos, Sebastian no tenía ninguna tarea oficial de carácter terapéutico. Ni por parte de Billy, ni de My, ni del servicio penitenciario. Él solo era... un amigo.

Un apoyo en una época difícil.

Un apoyo que pensaba sacar tajada.

—¿Cómo te sientes ahora? —preguntó Sebastian al mismo tiempo que Billy señalaba a la derecha y todos abandonaban el sendero por el que habían caminado.

Billy no respondió, solo siguió andando mientras miraba a un lado y al otro.

—¿Cómo te sentiste aquel día? ¿Lo recuerdas?

—¿Cómo está My? —preguntó Billy, en lugar de contestar.

A Sebastian no le cogió por sorpresa. Cuanto más asimilaba Billy sus actos, cuanto más claras quedaban las consecuencias, más le costaba poner palabras a sus emociones. Sebastian había ido a verlo a la prisión preventiva y habían celebrado sesiones en las que Billy apenas había abierto la boca.

—Se puede decir que le has destrozado la vida —dijo Sebastian encogiéndose de hombros. Nada que Billy no supiera.

—Pero ¿está bien? ¿Los niños están bien?

—No está bien, tardará un tiempo en estarlo.

—¿Aún la ves?

—Sí.

—¿Le das recuerdos de mi parte?

—No los quiere.

Billy asintió con la cabeza y se detuvo. Señaló el bosque de la izquierda, a un gran árbol caído cuyas raíces habían sido arran-

cadadas del suelo entre dos pinos grandes y que hacían pensar en las fauces abiertas de la ballena que emerge de las profundidades en una película de Pinocho.

—Está ahí. En el hueco de las raíces. —Los dos agentes de policía de la unidad canina se acercaron al sitio—. Está tapado con piedras y tierra.

Cuando apenas faltaban unos metros, el perro marcó el rastro. Therese Algo se hizo a un lado y pidió refuerzos. Y herramientas para cavar. Uno de los policías de la unidad canina comenzó a meterse con cuidado en el agujero. Billy se quedó mirando. Una lágrima solitaria bajó rodando por su mejilla. Resultaba imposible decir si estaba llorando por su propia situación o por la víctima. Sebastian tampoco se lo preguntó.

Estaba bastante seguro de que ni siquiera Billy lo sabía.